

ta que apeándose todos, pararon á significarse su reciproco cariño con estrechos abrazos y finos parabienes de verse todas las expediciones juntas y ya en su anhelado destino.

Las funciones que en aquel puerto practicaron después de su llegada á él, así el señor gobernador, principal jefe y comandante, con el reverendo padre presidente, se verán en el siguiente capítulo, el cual ocupará la carta que á su llegada me escribió mi venerado padre lector fray Junipero, en que me dá noticia de su viaje, y del de los demás, con las providencias y determinaciones de los señores comandantes de mar y tierra.

CAPITULO XVI.

COPIA DE CARTA DEL VENERABLE PADRE Y LO QUE DETERMINÓ EN SAN DIEGO SOBRE LA EXPEDICION.

“Viva Jesús, María y José.—Reverendo padre lector y presidente fray Francisco de Palou.—Carísimo mio y mi señor: Celebraré que vuestra reverencia se halle con salud y trabajando con mucho consuelo y felicidad en el establecimiento de esa nueva mision de Loreto y de las otras, y que cuanto antes venga el refuerzo de nuevos ministros para que todo quede establecido en buen orden para consuelo de todos. Yo, gracias á Dios, llegué antes de ayer dia 1º de este mes á este puerto de San Diego, verdaderamente bello y con razon famoso. Aquí alcancé á cuantos habian salido primero que yo, así por mar como por tierra, menos los muertos. Aquí están los compañeros padres Crespi, Vizcaino, Parron, Gomez y yo, todos buenos, gracias á Dios. Aquí están los dos barcos, y el San Carlos sin marineros, porque todos se han muerto del mal de loanda, y solo le ha quedado uno y un cocinero. El San Antonio, alias el Príncipe, cuyo capitan es don Juan Perez, paisano de la ribera de Palma, aunque salió un mes y medio después, llegó acá veinte dias antes que el otro. Estándolo ya próximo á salir para Monterey, llegó San Carlos, y para socorrerle con su gente, esta se le infestó tambien y se le murieron ocho; y en fin, lo que han resuelto es que dicho San Antonio se vuelva desde aquí á San Blas y traiga marineros para él y para San Carlos, y después irán los dos: veremos el paquebot San José cómo llega, y si viene bien, el postrero será el primero que vaya.

“Han sido la ocasion del atraso de San Carlos dos cosas: la primera, que por el mal barrilaje, de donde inopinadamente hallaron que se salía el agua, y de cuatro barriles no podian llenar uno, hubieron de repente de arribar á tierra á haberla, y la cogieron de mala parte y calidad, y por ella empezó á enfermar la gente: la

segunda fué, que por el error en que estaban todos, así su ilustrísima como los demás, de que este puerto estaba en altura de 33 á 34 grados de polo, pues de los autores unos dicen lo uno y otros lo segundo, dió orden apretada al capitan Vila (y lo mismo al otro) que se enmarasen mar adentro hasta la altura de 34 grados, y después recalasen en busca de dicho puerto; y como este, *in rei veritate*. no está en mas altura que la de 32 grados y 34 minutos, segun la observacion que han hecho estos señores, por tanto pasaron mucho mas arriba de este puerto, y cuando lo buscaron no lo hallaban, por eso se les hizo mas larga la navegacion, y como la gente ya enferma se llegó mas al frio y proseguian con la agua mala, vinieron á postarse de manera, que si no encuentran tan breve con el puerto, perecen todos, porque ya no podian echar la lancha al mar para hacer agua ni otra maniobra. El padre fray Fernando trabajó mucho con los enfermos, y aunque llegó flaco no tuvo especial novedad y ya está bueno; pero ya que salió con bien, no quiero que se vuelva á embarcar y se queda gustoso acá.

“En esta ocasion escribo largo á su ilustrísima, al colegio y á nuestro padre comisario general; por eso estoy algo cansado, y si no fuera porque el capitan Perez, viéndome atarado hace la entretenida, creo se habria ido sin poder escribir de provecho. Por lo que toca á la caminata del padre fray Juan Crespi con el capitan, me dice que escribe á vuestra reverencia por este mismo barco, y así no tengo que decir. En cuanto á mí, la caminata ha sido verdaderamente feliz y sin especial quebranto ni novedad en la salud. Salí de la frontera malísimo de pié y pierna; pero obró Dios (esta expresion alude al medicamento del arriero) y cada dia me fui aliviando y siguiendo mis jornadas como si tal mal tuviera. Al presente el pié queda todo limpio como el otro; pero desde los tobillos hasta media pierna está como antes estaba el pié, hecho una llaga, pero sin hinchazon ni mas dolor que la comezon que da á ratos; en fin, no es cosa de cuidado.

“No he padecido hambre ni necesidad, ni la han padecido los indios neófitos que venian con nosotros, y así han llegado todos sanos y gordos. He hecho mi diario, del que remitiré en primera ocasion un tanto á vuestra reverencia. Las misiones en el tramo que hemos visto, serán todas muy buenas, porque hay buena tierra y buenos aguajes, y ya no hay por acá ni en mucho trecho atrás piedras ni espinas: cerros sí hay continuos y altísimos, pero de pura tierra; los caminos tienen de bueno y de malo y mas de este segundo, pero no cosa mayor: desde medio camino ó antes, empiezan á estar todos los arroyos y valles hechos unas alamedas. Parras las hay buenas y gordas, y en algunas partes cargadísimas de uvas. En va-

rios arroyos del camino y en el paraje en que nos hallamos, á mas de las parras hay varias rosas de Castilla. En fin, es buena y muy distinta tierra de la de esa antigua California.

“De los dias que van de 21 de mayo en que salimos de San Juan de Dios, segun escribí á vuestra reverencia, hasta 1º de julio que llegamos acá, quitados como ocho dias que entreveradamente hemos dado de descanso á los animales, uno aquí y otro acullá, todos los dias hemos caminado; pero la mayor jornada ha sido de seis horas, y de estas solo ha habido dos, y las demás de cuatro á cuatro y media, de tres, de dos y de una y media, como cada dia expresa el diario, y eso á paso de recua; de lo que se infiere que habilitados y enderezados los caminos podrán ahorrar muchas leguas de rodos excusados; no está esto muy lejos, y creo después de dicha diligencia, podrá ser materia de unos doce dias para los padres, que los soldados ahora dicen que irán á la ligera hasta la frontera de Vellicatá en mucho menos.

“Gentilidad la hay inmensa, y todos los de esta contra-costa (del mar del Sur) por donde hemos venido, desde la ensenada de Todos Santos, que así la llaman los mapas y derroteros, viven muy regalados con varias semillas y con las pescas que hacen en sus balsas de tule, en forma de canoas, con lo que entran muy adentro del mar, y son afabilísimos, y todos los hombres, chicos y grandes, todos desnudos, y mujeres y niñas honestamente cubiertas, hasta las de pecho, se nos venian, así en los caminos como en los parajes, pos trataban con tanta confianza y paz como si toda la vida nos hubieran conocido, y queriéndoles dar cosa de comida, solian decir que de aquello no, que lo que querian era ropa, y solo con cosa de este género eran los cambalaches que hacian de su pescado con los soldados y arrieros. Por todo el camino se ven liebres, conejos, tal cual venado y muchísimos verrendos.

“La expedicion de tierra me dice el señor gobernador la quiere proseguir juntamente con el capitan de aquí á tres dias ó cuatro, y aquí nos dejará (dice) ocho soldados de cuera de escolta y algunos catalanes enfermos, para que si mejoran sirvan. La mision no se ha fundado, pero voy luego que salgan á dar mano á ello. Amigo, aquí me hallaba cuando me vino el paisano capitan diciéndome que ya no puede esperar mas sin quedar mal, y así concluyo con decir que estos padres se encomiendan mucho á vuestra reverencia; que quedamos buenos y contentos; que me encomiendo al padre Martinez y demás compañeros, á quienes tenia ánimo de escribir; pero no puedo y lo haré en primera ocasion. Esta la incluyo al padre Ramos, que el paisano me dice que va á dar al Sur, para que la lea y la remita

á vuestra reverencia, cuya vida y salud guarde Dios muchos años. De este puerto y destinada nueva mision de San Diego en la California Setentrional, y julio 3 de 1769.—B. L. M. de vuestra reverencia su afectísimo hermano y siervo—Fray Junipero Serra.”

Habiendo llegado al puerto de San Diego el paquebot San Antonio, alias el Príncipe, el dia 11 de abril, y el San Carlos veinte dias después, se juntó esta expedicion marítima con la de tierra, cuyo primer trozo, mandado del señor capitan, entró allí á 14 de mayo, y el segundo, del cargo del señor gobernador, á 1º de julio. En este lugar hicieron junta ambos señores comandantes para conferir y determinar lo que debia ejecutarse respecto á la poca gente de mar que existia viva y libre de aquel contagio en la capitana, así de tripulacion como de la tropa que de la California habia venido, pues por esta razon no podian cumplirse ya las instrucciones que traian del señor visitador general. En atencion á todo esto resolvió la expresada junta que el paquebot San Antonio á cargo de su capitan D. Juan Perez, con la tripulacion capaz de hacer viaje, se regresase sin dilacion alguna al puerto de San Blas, así para dar cuenta á la capitana general, como para conducir la tripulacion que ambos barcos necesitaban. Así lo ejecutó saliendo el dia 9 de julio, y después de dias llegó á San Blas con muy poca gente, por habersele muerto en el camino nueve hombres, cuyos cadáveres hubo de echar al agua.

Asimismo se determinó que en el hospital en el puerto de San Diego quedasen todos los enfermos, así soldados como marineros, con algunos de los que estaban sanos para que los cuidasen, y el cirujano francés D. Pedro Prat; que la capitana San Carlos quedase fondeada, y en ella el capitan comandante D. Vicente Vila, el pilotin con unos cuatro ó cinco marineros y convalecientes y un muchacho; quedando de acuerdo que luego que llegase el tercer paquebot San José, se quedase fondeado con sola la gente muy precisa, para que pasando la restante á la capitana, quedase esta habilitada y caminase para Monterey, donde la esperaria la expedicion de tierra, que habia de salir luego que se hiciese á la vela el Príncipe.

Dispúsose todo lo necesario de víveres y demás que se juzgó conveniente para un viaje descubierto y á juicio de todos dilatado. Los bastimentos y cargas de utensilios pertenecientes á iglesia, casa y campo que habian conducido las expediciones, se dejaron en San Diego, quedando para su custodia ocho soldados de cuera.

En vista de lo determinado por la junta de los citados señores comandantes, nombró nuestro venerable padre presidente, de los cinco padres que se hallaban en San Diego, á fray Juan Crespi y fray Francisco Gomez para que fuesen con la expedicion de tierra destinada á Monterey; y

el venerable padre con los otros dos fray Juan Vizcaino y fray Fernando Parron, se quedaron en San Diego entre tanto llegaba el paquebot San José, por tener determinado entonces el siervo de Dios embarcarse en el primer barco que subiese á Monterey.

Luego que se verificó la salida del Príncipe el día 9 (como queda dicho), se determinó el día en que había de marchar la expedición de tierra, y fué señalado por el señor comandante el día 14, en que se celebra al seráfico doctor San Buenaventura, y nombró para el viaje á las sesenta y seis personas siguientes: el señor gobernador D. Gaspar de Portalá, primer comandante, con un criado; los dos padres ya referidos y dos indios neófitos de la antigua California para su servicio; D. Fernando Rivera y Moncada, capitán y segundo comandante, con un sargento y veintiseis soldados de su compañía de cuera; D. Pedro Fajes, teniente de la compañía franca de Cataluña, con los siete de sus soldados que le habían quedado aptos para el viaje, por habersele muerto muchos y quedado los demás en San Diego enfermos; D. Miguel Constanzó, ingeniero, siete arrieros y quince indios californios neófitos para gastadores y ayudantes de arrieros en los atajos de mulas que conducían todos los bastimentos que se consideraron suficientes, á efecto de que no se experimentase hambre ni necesidad, según los repetidos encargos del señor visitador general.

Hechas todas estas disposiciones y después de haber celebrado el santo sacrificio de la misa todos los padres al santísimo patriarca señor san José, como patrono de las expediciones, y al seráfico doctor san Buenaventura (en cuyo día se hallaban), salió la expedición de San Diego, tomando el rumbo al Noroeste y á la vista del mar Pacífico, cuya costa tira al mismo viento. Fué la salida á las cuatro de la tarde, y hubieron de parar después de haber andado dos leguas y media. El curioso que quisiera saber de este viaje, lo remito al diario que por extenso formó el padre fray Juan Crespi en el mismo camino, tomando el trabajo en las paradas de escribir lo que habían andado cada día con las particularidades ocurridas; y no lo inserto en esta relación por evitar tanta difusión, considerando esta tarea ajena del venerable padre Junípero, y paso á referir lo que este practicó en San Diego interin la expedición salía á explorar el puerto de Monterey.

CAPITULO XVII.

FUNDA LA SEGUNDA MISION DE SAN DIEGO, Y LO QUE SUCEDIÓ EN ELLA.

Aquel fervoroso celo en que continuamente ardia y se abrasaba el corazón de nuestro venerable padre fray Junípero, no le permitía olvidar el principal objeto de su venida, y él fué quien le

obligó (á los dos días de salida la expedición) á dar principio á la doctrina de San Diego en el puerto de este nombre, con que se conocía desde el año de 1603 y lo había señalado el general don Sebastian Vizcaino. Hizo la función del establecimiento con la misa cantada y demás ceremonia, de costumbre que quedan expresadas en el tratado de la fundación de la de San Fernando el día 16 de julio, en que los españoles celebramos el triunfo de la santísima cruz, esperando en que así como en virtud de esta sagrada señal lograron los españoles en el propio día, el año de 1212, aquella célebre victoria de los bárbaros mahometanos, lograrían también levantando el estandarte de la santa cruz, ahuyentar á todo el infernal ejército y sujetar al suave yugo de nuestra santa fe la barbaridad de los gentiles que habitaban esta nueva California; y mas implorando el patrocinio de María santísima, á quien en el mismo día celebra la Iglesia bajo el título del Monte Carmelo. Con esta fe y celo de la salvación de las almas, levantó el venerable padre Junípero el estandarte de la santa cruz, fijándola en el sitio que le pareció mas propio para la formación del pueblo y á la vista de aquel puerto. Quedaron de ministros nuestro venerable padre y fray Fernando Parron, y con la poca gente que existía sana, en los ratos que no era preciso asistir á los enfermos, se fueron construyendo unas humildes barracas; y habiéndose dedicado una para iglesia interina, se procuraron atraer allí con dádivas y afectuosas expresiones á los gentiles que se dejaban ver; pero como quiera que estos no entendían nuestro idioma, no atendían á otra cosa que á recibir lo que se les daba, como no fuese comida, porque esta de manera alguna quisieron probarla, de suerte que si á algún muchacho se le ponía un pedazo de dulce en la boca, lo arrojaba luego como si fuese veneno. Desde luego atribuyeron la enfermedad de los nuestros á las comidas que ellos jamás habían visto. Esta fué, sin duda, singular providencia del Altísimo, porque si como apreciaban la ropa se hubieran aficionado de los comestibles, hubieran acabado por hambre con aquellos españoles.

Siendo tan grande su aversión á nuestras comidas, no era menor el deseo con que ansiaban por la ropa, hasta pasar al hurto de cuantas podían de esta clase; llegando á tanto extremo, que ni en el barco estaban seguras sus velas, pues habiéndose arrimado una noche á él con sus balsas de tule, los hallaron cortando un pedazo de una, y en otra ocasión un calabrote para llevárselo. Esto dió motivo á poner á bordo la centinela de dos soldados (de los ocho de cuera que habían quedado), y con este temor hubieron de contenerse; pero á la misión se le minoró la escolta, y mas en los días festivos que era menester fuesen con el padre que iba á celebrar misa en el barco, otros dos soldados de resguardo por si se verificaba algún insulto de los gentiles.

Todo esto observaron ellos atentamente, ignorando la fuerza de las armas de fuego y confiando en la multitud de gente que tenían y en sus flechas y macanas de madera, en forma de sables, que cortan como el acero; y otras como porras ó mazos, con que hacen mucho estrago, empezaron á robar sin temor alguno, y viendo que no se les permitía, quisieron probar fortuna quitando la vida á todos los nuestros y quedando ellos con los expolios. Así lo intentaron hacer en los días 12 y 13 de agosto; pero habiendo hallado resistencia hubieron de retirarse.

El día 15 del mismo mes en que se celebra la gran festividad de la gloriosa Asunción de nuestra Reina y Señora de los cielos, luego que salieron con el padre fray Fernando, que iba á decir misa á bordo, dos de los soldados quedando solos cuatro en la misión; y habiendo acabado de celebrar el santo sacrificio el venerable padre presidente y el padre Vizcaino, en que comulgaron algunos, cayó un gran número de gentiles, armados todos á guerra, y empezaron á robar cuanto encontraban, quitando á los pobres enfermos hasta las sábanas con que se cubrían. Gritó luego al arma el cabo, y viendo los contrarios la acción de vestirse los soldados las cueras y adargas (armas defensivas con que se burlan de las flechas) y que al mismo tiempo tomaban los fusiles, se apartaron empezando á disparar sus flechas; y los cuatro soldados, carpintero y herrero, á hacer fuego con valor, pero principalmente el herrero, que sin duda la sagrada comunión que acababa de recibir le infundió extraordinario aliento; y no obstante de no tener cuera para resguardo, iba por entre medio de las casas ó barracas gritando: "Viva la fe de Jesucristo y mueran esos perros enemigos de ella;" y haciendo fuego al mismo tiempo contra los gentiles.

El venerable padre presidente con su compañero se hallaba dentro de la barraca, encomendando á Dios á todos para que no resultase alguna muerte, así de los gentiles para que no se perdiesen aquellas almas sin bautismo, como de los nuestros. Quiso el padre Vizcaino mirar si se retiraban los indios, y con este fin alzó un poco la manita de ixtle ó pita que servía de puerta á aquella habitación; pero no bien lo hubo hecho, cuando una flecha le hirió la mano (que aunque después sanó, le quedó siempre malo un dedo), y con esto, dejando caer la cortina, no trató mas que de encomendarse á Dios, como lo hacia su siervo fray Junípero.

Continuando la guerra y los funestos alaridos de los gentiles, se entró á toda prisa en la barraca de los padres el mozo que los cuidaba, llamado José María, y postrándose á los pies de nuestro venerable, le dijo: "Padre absuélvame, que me han muerto los indios." Absolviólo é inmediatamente quedó muerto, pues le habían traspasado la garganta, y ocultando los ministros esta muerte, la ignoraron los gentiles. De estos ca-

yeran varios; y viendo los otros la fuerza de las armas de fuego y el valor de los cristianos, se retiraron luego con sus heridos, sin dejar alguno tirado, para preaver que los nuestros supiesen, como no lo consiguieron, si había muerto alguno en el combate. De los cristianos quedaron heridos, á mas del padre Vizcaino, un soldado de cuera, un indio californio y el valeroso herrero; pero ninguno de cuidado, pues en breve tiempo sanaron todos, y la muerte del citado mozo quedó en silencio.

De los gentiles, aunque ocultaron los difuntos, se supo los que quedaron heridos, pues á pocos días vinieron de paz, pidiendo los curasen, como lo hizo de caridad el buen cirujano y los puso buenos. Esta caridad que observaron en los nuestros, obligó á los indios á cobrarles algún afecto; y la triste experiencia de su desgraciada empresa les infundió temor y respeto, con que se portaron ya de distinto modo que antes, frecuentando visitar la misión, pero sin ningún aparato de armas.

Entre los que mas se acercaban, había un indio de quince años que raro día dejaba de asistir, y ya comía sin el menor recelo cuanto le daban los padres. Procuró nuestro fray Junípero regalarlo y que aprendiese algo de nuestro idioma, para ver si por este medio conseguía algún bautismo de los párvulos. Pasados algunos días y entendiéndolo ya algo el indio, le dijo el venerable padre que viese si le traía algún chiquito, con consentimiento de sus padres; que lo haría cristiano como nosotros echándole una poca de agua en la cabeza, con que quedaría hijo de Dios y del padre y pariente de los soldados, que ellos llamaban *cuerés*, y le regalaría ropa para que anduviese vestido como los españoles. Con estas expresiones y otras que su fervoroso celo le hacía idear, parece que el indio lo entendió, y comunicándolo á los demás, vino dentro de pocos días con un gentil, y otros muchos que lo acompañaban, que traía en brazos un niño y daba á entender por las señas que hacía que era su voluntad se lo bautizasen. Llenándose de gozo nuestro venerable padre, dió luego una poca de ropa para cubrir al niño, convidó al cabo para padrino y á los soldados para que solemnizasen el primer bautismo, que presenciaron también los indios. Luego que el venerable padre concluyó las ceremonias y estando para echarle la agua, arrebataron los gentiles al niño y se marcharon con él á la ranchería, dejando al venerable padre con la concha en la mano. Aquí fué menester toda su prudencia para no inmutarse con tan grosera acción, y su respeto para contener á los soldados no vengasen el desacato, pues considerando la barbaridad é ignorancia de aquellos miserables, fué preciso el disimular.

Fué tanto el sentimiento de nuestro venerable padre por habersele frustrado bautizar á aquel niño, que por muchos días le duró, y se miraba

en su semblante el dolor y pena que padecía; atribuyendo su reverencia á sus pecados el hecho de los gentiles, y aun después de pasados años cuando contaba este caso, necesitaba enjugarse los ojos de las lágrimas que vertía, concluyendo con estas palabras: "Demos gracias á Dios, que ya tantos se han logrado sin la menor repugnancia." Así fué, pues logró ver en aquella mision de San Diego el número de 1046 bautizados, entre párvulos y adultos, que todos deben esta dicha al apostólico afán de nuestro venerable presidente; y entre ellos fueron muchos de los mismos que intentaron quitarle la vida á los principios.

Muy contraria fué la suerte que tuvo un infeliz de los principales motores de este alboroto, que lejos de imitar á los demás en el arrepentimiento, permaneció obstinado en sus gentilicos errores, y fué tambien de los primeros que se sublevaron el año de 75, de que hablaré en su lugar y de los que ocurrieron á la cruel muerte y martirio del venerable padre fray Luis Jayme. Estando por este último hecho preso con otros muchos en el cuartel del presidio, bajó por el mes de agosto de 1776 el venerable padre fray Junipero, llegó allí el siervo de Dios y quiso visitar á los encarcelados, así para darles algun consuelo como para exhortarlos á que se convirtiesen á nuestra santa fe. El sargento enseñó á nuestro venerable presidente el miserable gentil que con los demás estaba en cepo, y era el mismo que intentó en el año de 1769 quitarle la vida á su reverencia y demás al principio de la fundación. Aquí desahogó el ardor de su celo nuestro venerado padre en continuas exhortaciones y amorosas pláticas á aquel infeliz, persuadiéndole á que se hiciese cristiano, seguro de que en tal caso Dios nuestro señor y el rey lo perdonarian sus delitos; pero no pudo sacarle palabra: cuando compungidos los demás pidieron al siervo de Dios intercediese por ellos, que querian ser cristianos, como se logró después. Este desventurado gentil, siendo homicida de sí mismo, amaneció muerto el día 15 de agosto de 1776, que hacia siete años puntualmente de la primera invasion, siendo de admirar que al lado de los compañeros se echó una soga al cuello, con que se quitó la vida y no hubo quien lo advirtiese, ni la centinela, ni los presos que estaban inmediatos. Quedaron todos confundidos, así con aquel desastro fin del infeliz, como por haber sucedido en el mismo día de la Asuncion de nuestra Señora, en que se cumplan los siete años que habia intentado matar al venerable padre fray Junipero y demás que lo acompañaban; con lo que se hubieran frustrado las espirituales conquistas, como después veremos.

CAPITULO XVIII.

REGRÉSASE LA EXPEDICION Á SAN DIEGO SIN HABER HALLADO EL PUERTO DE MONTEREY, Y LOS EFECTOS QUE CAUSÓ ESTA IMPENSADA NOVEDAD.

El día 24 de enero de 1770 llegó de vuelta á San Diego la expedición de tierra, que habia salido el día 14 de julio del año anterior, habiendo gastado seis meses y diez días, y pasado muchos trabajos, como refiero en su diario mi amado padre condiscípulo fray Juan Crespi, trayendo la triste noticia de no haber hallado el puerto de Monterey, en que estuvo fondeada la expedición marítima del almirante don Sebastian Vizcaino el año de 1603, siendo virey de la Nueva España el conde de Monterey, y que habian llegado al puerto de nuestro padre San Francisco, cuarenta leguas mas arriba al Noroeste.

Escribíome esta noticia el padre fray Juan Crespi, que fué con la expedición, añadiéndome que se recelaban se habia cegado el puerto, pues hallaron unos grandes méganos ó cerros de arena. Luego que leí esta noticia atribuí á disposición divina el que no hallando la expedición el puerto de Monterey en el paraje que lo señalaba el antiguo derrotero, siguiese hasta llegar al puerto de nuestro padre San Francisco, por lo que voy á referir.

Cuando el venerable padre fray Junipero trató con el ilustrísimo señor visitador general sobre las tres misiones primeras que le encargó fundar en esta nueva California, viendo los nombres y patronos que les asignaba, le dijo: "Señor, ¿y para nuestro padre San Francisco no hay una mision?" A lo que respondió: *Si San Francisco quiere mision, que haga se halle su puerto y se le pondrá.* Subió la expedición: llega al puerto de Monterey; paró y plantó en él una cruz, sin que lo conociese ninguno de cuantos iban, siendo así que leian todas sus señas en la historia: suben cuarenta leguas mas arriba, se encuentran con el puerto de San Francisco nuestro padre, y lo conocen luego todos por la concordancia de las señas que llevaban. En vista de esto, ¿qué hemos de decir sino que nuestro santo padre queria mision en su puerto?

Así lo juzgaria el ilustrísimo señor visitador general, pues en cuanto recibió la noticia que ya su ilustrísima se hallaba en Méjico, negoció con el excelentísimo señor virey que se fundase la mision en el citado puerto; y lo tomó con tanto empeño, que viniendo diez ministros para cinco misiones en el paquebot San Antonio, encargó al capitán que si arribaba primero al puerto de San Francisco que al de Monterey, y dos de los misioneros se animaban á quedarse allí para dar mano sin pérdida de tiempo á la fundación, los desembarcarse con todos los avíos pertenecientes á aquella doctrina; que les dejase un competente

CAPITULO XIX.

CARTA DEL VENERABLE PADRE, Y LO QUE EN SU VISTA PRACTIQUE.

número de marineros armados para resguardo, y que diese cuenta al comandante de tierra, quien proporcionaria luego mandar tropa que remudase á los marineros. No se efectuó por entonces, pues fué primero el paquebot á Monterey, y se pasaron seis años para el establecimiento de la mision de nuestro padre San Francisco, por lo que diré adelante.

La misma noticia que me escribió el padre Crespi de no haber hallado el puerto de Monterey, me dieron otros individuos de la expedición, y el comandante de ella don Gaspar de Portalá; añadiéndome este que habiendo mandado registrar los viveres existentes, segun el cómputo que se habia hecho, administrados con toda economía, alcanzarian apenas hasta mediados de marzo, reservando lo muy preciso para la retirada hasta la frontera y nueva mision de San Fernando, encargándome al propio tiempo que lo hiciese yo á los padres de las misiones del Norte que tuviesen en aquel sitio algun repuesto, pues tenia determinado que si para el día de señor san José no llegaba á aquel puerto alguno de los paquebotes de San Blas conviveres, el día 20 de marzo se regresaria la expedición, desamparando el puerto de San Diego.

Esta resolucioin, que luego se publicó allí, fué la penetrante flecha que hirió el celoso corazon de nuestro venerable fray Junipero; y no hallando esto otro recurso que la oracion, acudió á Dios por medio de ella, y estrechándose con su majestad le pidió con los mas finos afectos de su encendida devocion se compadeciese de tanta gentilidad como habia descubierta; porque si en esta ocasion se desamparaba el primer establecimiento, quedaria esta conquista espiritual, si no mas, tan remota como antes. Cebándose cada dia mas su apostólico celo á vista de tanta mies, que en su sentir estaba en sazón para recogerla ya á la santa Iglesia, resolvió no desamparar el sitio ni desistir de tan gloriosa empresa, aunque la expedición se mudase, quedándose este evangélico ministro con alguno de sus compañeros, confiado solamente en Dios, por cuyo amor se sacrificaba gustoso. Así me lo comunicó á mí por carta que recibí con las demás, de la cual es copia la siguiente, quedando la original en mi poder; y lo mismo haré con otras que convenga insertar, ya para prueba del ardiente celo en que se abrasaba mi venerable padre lector Junipero ó para hilar la historia de esta California; y siento no haber hallado otras muchas cartas de las innumerables que me escribió, ínterin no vivimos juntos, pues con ellas nos consolábamos ambos, y el siervo de Dios con las suyas, tan fervorosas y edificantes, dispartaba mi tibieza y flojedad, como podrá advertir el lector, si con atenta reflexion considera las que insertaré en esta relacion histórica.

"Viva Jesús, María y José.—Reverendo padre lector presidente fray Francisco Palou.—Amantísimo compañero y muy señor mio: En el discurso de diez meses y diez dias que han pasado desde que dí á vuestra reverencia el último abrazo en su mision de San Javier, hasta el día de la fecha, sobre la frecuente memoria de vuestra reverencia que es consiguiente á nuestra antigua amistad y favores, me ha ocupado el amor que le profeso, en largos ratos, de pensar cómo le habré ido de trabajos para afianzar los asuntos, que en mi salida no quedaban muy en su lugar; y aunque todo lo ignoro, me he compadecido bastante de lo que tengo por muy verosímil haya sucedido. Quiera la infinita bondad de Dios, que siquiera ahora esté ya todo en buen estado, y vuestra reverencia goce paz y todo consuelo. Yo, gracias á Dios, he tenido y tengo salud, y con esto lo digo todo. Ultra de las cartas que últimamente escribí desde una jornada mas acá de San Juan de Dios, escribí tambien á vuestra reverencia acordado de llegar á este puerto de San Diego, á principios de julio del año pasado. Si recibí, como supongo, aquella carta, ya por ella veria cómo me fué bien en el camino, que es bien poblado de gentilidad, y que pasadas algunas jornadas de San Juan de Dios, así que comienzan, prosiguen los parajes, no solo buenos, sino excelentes para muchas misiones, que podrán formar una bella cordillera para esta de San Diego, que se fundó dia del Triunfo de la Santa Cruz y nuestra Señora del Carmen, 16 de julio, asentándonos de ministros de ella el padre fray Fernando y yo, como que el padre Crespi y el padre Gomez habian salido dos dias antes para Monterey, dejando en esta al padre fray Fernando con el padre Murguía, que en breve esperaba con el paquebot San José; pero hoy es el dia en que ni hay barcos, ni San Buenaventura ni Monterey; y de lo que mas hablan algunos es del desamparo y abolicion de esta mi pobre mision de San Diego. No permita Dios que tal suceda. Los que salieron de acá dia del señor san Buenaventura para Monterey, vinieron dia 24 de enero del presente año, con el mérito de haber padecido, comido mulas y mulos y no haber hallado tal Monterey; que juzgan se habrá cegado tal puerto, por los grandes méganos que de arena hallaron en el sitio donde se habia de encontrar, y yo ya casi lo he creído tambien. Y porque he visto las cartas que escriben á vuestra reverencia el padre fray Juan Crespi y el sargento Ortega, omito todo lo tocante á la peregrinacion de ellos, y solo me

“ queda el lamentarme de ver los lentos pasos con que se anda y de los recelos de que no se quede tanta mies que parece que no puede estar de mas sazon sin poner mano á ella, acabándola tantos de ver y palpar con tantas circunstancias. Vuestra reverencia, por amor de Dios, desde ahí procure hacer todos los buenos oficios que pueda para que esto vaya adelante.

“ Si yo supiese como se halla eso y si han venido ó no los de la mision de España, sabria lo que puedo pedir; pero ahora, y mas ignorando si vendrán ó no ó cuándo vendrán barcos, nada puedo determinadamente pedir, y esta negacion de comunicacion con vuestra reverencia y esas misiones, es sin duda uno de los grandes trabajos de por acá, y lo menos para lo que la deseo es para algun socorro, aunque las necesidades sean bastantes, que mientras hay salud, una tortilla y yerbas del campo, ¿qué mas nos queremos? Solo el estarnos sin noticia de nada, y á todos para poder pasar adelante, y aun con dudas de si se habrá de desamparar lo ganado, es lo que aflige; aunque yo, por la misericordia de Dios, me hallo bien sosegado y contento con lo que Dios dispusiere.

“ Aquí tres ocasiones me he considerado y hallado en peligro de muerte de mano de estos pobres gentiles, que fué el dia de la seráfica madre santa Clara, el dia de san Hipólito y el dia de la Asuncion de nuestra Señora, en que me mataron á mi José Maria que traje desde Loreto; pero gracias á Dios ya estamos con mucho sosiego. En los dias inmediatos despues, en que todavía estábamos con muchos recelos de que repitiesen su avance, escribí, aunque con mucha incomodidad, una larga carta á vuestra reverencia para remitirla al barco, y que si me matasen sirviese de despedida y de noticia, y que vuestra reverencia la diese al colegio, como se lo suplicaba; y como poco á poco se fué esto serenando, no la remití, y ahora que la he buscado, no he podido en modo alguno hallarla.

“ Para que vuestra reverencia sepa todo, va un trozo del pliego que escribo á su ilustrísima el señor visitador general, para que lo lea, y después cerrarlo y enviárselo; y cuanto en él leerá haga la cuenta que lo escribo á vuestra reverencia ya que no tengo lugar de repetirlo; que como escrito mio, lo puedo comunicar á quien gustare. Me parece que vuestra reverencia desde ahí puede ayudar mas á esta obra que si viniese acá personalmente. Y así, por Dios, no trate vuestra reverencia de venirse hasta que yo avise, si con el tiempo y nuevo aspecto que tomen las cosas lo hallase conveniente. Por ahora se va con el capitán el padre Vizcaino, herido de la mano.

“ Aquí quedamos los padres fray Juan Crespi, fray Fernando Parron, fray Francisco Gomez

“ y yo, por si viniesen los barcos y pudiésemos poner segunda mision. Si vemos se van acabando los víveres y la esperanza, me quedaré con solo el padre fray Juan, para aguantar hasta el último esfuerzo. Dios nos dé su santa gracia, y encomiéndenos á Dios para que así sea. Si vuestra reverencia viese que van á traer el ganado que quedó en Vellicatá, remítanos una porcioncita de incienso; que habiendo venido cargando los incensarios, se nos olvidó; y podrán venir los calendarios, si hubiesen venido, y los nuevos santos óleos en caso de haber venido de Guadalajara.

“ Se sacarán en limpio los diarios, así el mio como el del padre fray Juan, cuanto antes se pueda, y harto siento no vayan ahora; pero es aquí mucha la incomodidad, y á veces la gana es bien poca: con todo, nos esforzaremos é irán lo mas breve que se pueda. Otras muchas cosas dijera á vuestra reverencia; pero con tantas variaciones y contingencias, no me puedo explicar ni extender mas. A todos los compañeros me encomiendo con fina voluntad; y el que no tenga carta mia, no lo atribuya á falta de querer, sino de poder. Estos padres se encomiendan á vuestra reverencia con veras de su corazon, y fray Fernando dice que ya sabe vuestra reverencia es mal escribiente, y que esta va en nombre de todos, y que lo encomiende á Dios. Cuando vuestra reverencia escriba al colegio dará á todos de mi parte mil memorias; y con esto adios hasta otra ocasion, que quizá no será tan larga como esta; y Su Majestad guarde á vuestra reverencia muchos años en su santo amor y gracia. Mision de San Diego en su puerto y gentilidad de California, en 10 de febrero de 1770.—B. L. M. de vuestra reverencia su afectísimo amigo y siervo—Fray Junipero Serra.”

Luego que recibí esta y las demás cartas, pasé á estrecharme con el señor teniente de gobernador para que diese las convenientes disposiciones á efecto de que en la mision de San Fernando en Vellicatá se aprontasen cuantos bastimentos se pudiese, y que cuanto antes se volviese para San Diego el señor capitán con los diez y nueve soldados que habia traido; como asimismo que se llevasen las reses, para evitar el abandono de aquel puerto, y que en caso de haberse ya desamparado, tuviese la gente mas pronto el socorro. Así lo hizo con grande eficacia el señor gobernador, y fué de tanta utilidad como después veremos.

CAPITULO XX.

LO QUE TRABAJÓ EL VENERABLE PADRE JUNIPERO Á FIN DE NO DESAMPARAR EL PUERTO Y MISION DE SAN DIEGO.

Desde el instante mismo en que el señor go-

bernador publicó la retirada de la expedicion para la antigua California, en caso de que no llegase barco para el dia 19 de marzo, apenas se hablaba en San Diego de otra cosa que del viaje; pareciéndoles, así á los oficiales como á los marineros, dilatado el plazo que el citado señor habia puesto para el dia después de la festividad del santísimo patriarca señor san José, que, como queda dicho, estaba elegido por el ilustrísimo señor visitador general para patrono de las expediciones. En San Diego todo era hablar de la retirada y disponerla; decian que la gente que se juzgase apta para suplir de marineros, se embarcaria en el paquebot San Carlos, que la restante caminaria por tierra.

Todas estas hablillas y disposiciones eran otras tantas saetas que penetraban el corazon fervoroso de nuestro venerable padre presidente, quien incesantemente encomendaba á Dios este asunto en sus santas oraciones, pidiéndole el arribo del barco antes que llegase el dia señalado para la retirada, para que no se perdiese la ocasion de convertirse á Dios tantas almas como gentiles tenían á la vista; y que si entonces no se lograba la reduccion, podria imposibilitarse, ó á lo menos dilatarse por muchos años. Acordabase que habia ciento sesenta y seis, que nuestros españoles habian estado en aquel puerto por mar solamente, y que desde entonces no se habia vuelto á ver; y que si ahora, habiendo tomado de él jurídica posesion y empezado á poblar, se desamparaba, podrian pasarse muchos siglos sin lograr otro tanto.

Estas consideraciones y los ardientes deseos de convertir almas para Dios, hicieron resolver á su siervo la subsistencia en San Diego, aunque la expedicion saliese; y para esto convidó á su discípulo el padre fray Juan Crespi, quien se ofreció gustoso á acompañarlo, confiando en Dios que algun dia llegase barco con socorro, y que dejándoles algunos marineros para suplir de soldados, podrian convertir á Dios alguna alma, interin los señores superiores mandaban que volviese á subir la expedicion y tropa para poner en planta la espirital conquista.

Corria ya el mes de marzo y no parecia barco alguno de los que se esperaban; y permaneciendo constante el venerable padre en el ánimo de quedarse, se fué al barco á tratar este asunto con el comandante de mar don Vicente Vila, y le habló de esta manera: “ Señor, el comandante de tierra y señor gobernador tiene determinado retirarse y desamparar este puerto para el dia 20, si antes no llega alguno de los barcos con socorro; impeliéndolo á esto así la escasez de víveres, como la opinion comun de que se ha cegado el puerto; aunque yo sospecho que no lo conocieron. Lo mismo pienso yo, respondió el comandante, segun les he oído y he leído en las cartas: el puerto está allí mismo donde pusieron la cruz. Pues señor,

“ dijo el venerable padre, yo estoy resuelto á quedarme, aunque se vaya la expedicion y en mi compañía el padre Crespi; si usted quiere vendremos aquí luego que salga la expedicion, y en llegando el otro paquebot, subiremos por mar en busca de Monterey.” Convino gustoso el comandante, y quedando de acuerdo, se retiró el venerable padre á su mision, guardando para sí aquel secreto.

Viendo el venerable siervo de Dios lo inmediata que estaba ya la festividad del santísimo patriarca señor san José, propuso al citado comandante se hiciese la novena a este santo patron de las expediciones; y convenido á ello, se verificó con general asistencia de todos, después de concluido el rezo diario de la corona. Llegó el dia de señor san José y se celebró la fiesta de este gran santo con misa cantada y sermon, teniendo ya dispuesto todo para la retirada que el dia siguiente habia de hacer para la California antigua toda la expedicion. Pero aquella tarde misma quiso Dios satisfacer los ardientes deseos de su siervo por intercesion del santísimo patriarca, y dar á todos el consuelo de que viera clara y distintamente un barco, que ocultando de la vista el dia siguiente, no dió fondo hasta el cuarto dia en el puerto de San Diego. Esta vision fué bastante para suspender el desamparo de aquel sitio y doctrina, animándose todos á la subsistencia y atribuyendo á milagro del patriarca santo el que en su propio dia, en que a la expedicion se terminaba el plazo de su salida, se dejase ver el barco; y mayor fué la admiracion cuando se tuvo noticia de las circunstancias que para esto concurren; pero entre tanto paso á referirlas, remito á la consideracion piadosa del lector el singular gozo y alegría que poseia el corazon de nuestro venerable padre, que incesantemente repetia á Dios las gracias, y asimismo al bendito santo, consuelo de afligidos, señor san José, á quien confesaba á boca llena, por tan especialísimo beneficio, al que manifestandose agradecido correspondia con una misa cantada al santo, que celebraba con la mayor solemnidad el dia 19 de cada mes, cuya devocion santa continuó hasta el último de su vida, como diré á su tiempo.

CAPITULO XXI.

LLEGA EL BARCO Á SAN DIEGO Y SALEN LAS EXPEDICIONES EN BUSCA DEL PUERTO DE MONTEREY.

Ya queda dicho en el capítulo XII cómo el paquebot San Antonio fué despachado á principios de julio de 69 desde el puerto de San Diego al de San Blas en solicitud de tripulacion para el San Carlos y víveres para todos, y que á los veinte dias de navegacion dió fondo en aquel puerto, sin mas novedad que la muerte de nueve marineros.